

INTRODUCCIÓN

S.S. Pablo VI publicaba en 1974 la exhortación apostólica *Marialis Cultus*, orientada a desarrollar las directrices del Vaticano II relativas al culto y devoción a la Santísima Virgen «para disipar dudas y, sobre todo, para favorecer el desarrollo de aquella devoción a la Virgen que en la Iglesia ahonda sus motivaciones en la Palabra de Dios y se practica en el Espíritu de Cristo». Más adelante, y en referencia a las distintas celebraciones marianas recogidas en el Calendario Romano, después de detenerse en las más solemnes y universales, hacía referencia también a la Presentación de la Virgen María (21 de noviembre) afirmando que, prescindiendo del aspecto apócrifo, propone contenidos de alto valor ejemplar, continuando venerables tradiciones, enraizadas sobre todo en Oriente.

Señala, pues, que lo decisivo de esta memoria litúrgica es su contenido fundamental de consagración teocéntrica, su carácter ecuménico de comunión con las Iglesias de Orientales, al tiempo que se distancia de las fuentes apócrifas.

Orientaciones que vamos a seguir en esta Página Informativa. (MLP)



SIGNIFICADO DE ESTA CELEBRACIÓN

Lo más importante y lo que es necesario destacar en esta fiesta es la consagración de la Virgen al Señor desde su infancia. «Mis obras son para el Rey», dice una conocida antífona mariana. Todas las obras de Nuestra Señora fueron siempre para el Rey, puesto que sabemos que desde el primer instante de su concepción inmaculada estaba llena de gracia. Y todos estos años de su vida, hasta el momento de su desposorio con José, fueron una preparación, en la soledad y el recogimiento, para algo que Ella aún no sabía, pero que Dios tenía preparado desde toda la eternidad. María amaba el silencio, como sabemos por el testimonio de San Lucas («guardaba todas las cosas en su corazón») y durante este tiempo dispuso silenciosamente su alma para cumplir siempre la voluntad del Señor.

María se presentó ciertamente a Dios en su niñez, y ante su acatamiento puso su alma en la postura de

humilde disponibilidad, que fue la característica constante de su vida, y que ella misma resumió en una frase cuyo contenido no se agotará jamás por mucho que se medite: «He aquí la esclava del Señor». **Por ser éste el sentido de la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, se considera especialmente dedicada a las personas consagradas a Dios en la vida religiosa, y muchas órdenes renuevan sus votos en este día. Sin embargo, debe ser también la fiesta de todos los cristianos**, porque ninguno, si quiere serlo de veras, podrá dispensarse de presentarse ante Dios humildemente y ponerse en sus manos para que Él disponga de su vida libremente.

La Presentación de Nuestra Señora es la fiesta de la entrega voluntaria a Dios, es la fiesta de los que aspiran de verdad a renunciar a su voluntad para hacer solamente la del Señor. (Cf. *Mercaba*)

SOBRE SUS ORÍGENES

En este día se conmemora la dedicación, el año 543, de la iglesia de Santa María la Nueva, construida cerca del templo de Jerusalén, y se celebra, en unión con los cristianos de la Iglesia oriental, la «dedicación» que María hizo de sí misma a Dios, ya desde su infancia, movida por el Espíritu Santo, de cuya gracia estaba llena.

Merece destacarse también que ya el siglo VIII se encuentra en Constantinopla esta fiesta en la fecha del 21 de noviembre, modificada luego por Jorge de Nicomedia e insertada en el ciclo de las doce fiestas. Luego fue comentada por muchos escritores eclesiásticos orientales con más de cuarenta homilías (Andrés de Creta, Germán de Constantinopla, Tarasio de Constantinopla, Jorge de Nicomedia). En Occidente, tras el decreto llamado de Gelasio (siglo V), que condenaba, entre otros, también el *Libro del nacimiento de María*, tal memoria no figura entre las cuatro fiestas marianas introducidas por el papa Sergio I, de origen sirio (+ 701), entre otras cosas porque la basílica nueva había sido destruida por los persas en el año 614. No obstante, en Inglaterra ya es conocida una fiesta litúrgica de la presentación en el siglo XI, y el 21 de noviembre.

La memoria obligatoria, que desde el siglo XIV (1372) entró en el culto de los latinos de Chipre por decreto de Gregorio XI y que ya se celebraba en el siglo IX en los monasterios orientales de Italia meridional, fue introducida en el Misal Romano en 1472 con Sixto IV. De este modo se mantuvo vivo un testimonio concreto de ecumenismo con nuestros hermanos de Oriente.

